

Possible map courses for an initial debate: culture and policy in a communicative context

Abstract

The present article is a navigation in order to articulate political culture, communication and history. In order to do that, the starting point is the delimitation of a first scenario where political culture has been understood as a form of making 'politics' where some specific mediations have taken place – political parties and the press. The bet proposed here is to think of how the political thing has historically exceeded the scope of politics, of the role that mass media have had, and of the generalized integration of urban population to the universe of consumption which, in last, is part of the cultural dimension of our daily lives.

Key words: Communication, political culture, history

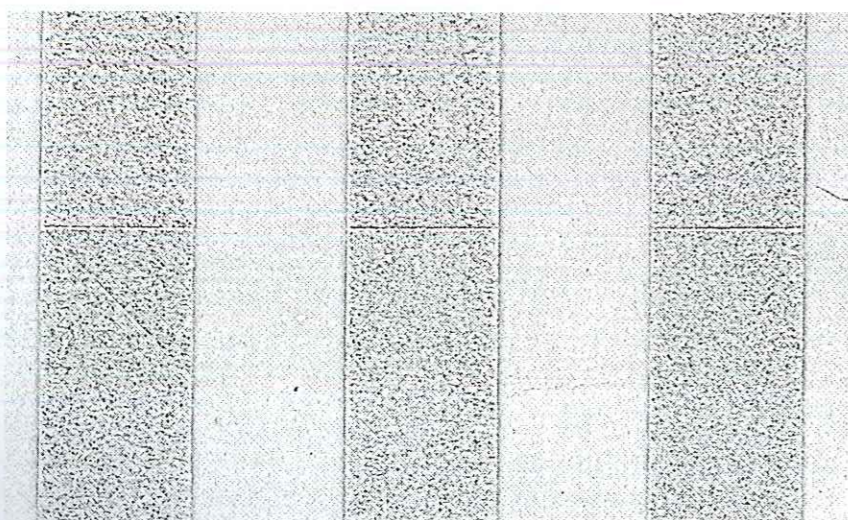
Resumen

El presente artículo es una "navegación" con el propósito de articular la cultura política, la comunicación y la historia. Para ello se parte de la delimitación de un escenario primero en donde la cultura política ha sido entendida desde una forma de hacer la política y de cómo allí han tenido lugar unas meditaciones específicas (partidos políticos y la prensa) en su ejercicio. La apuesta que se propone es la de pensar cómo históricamente lo político ha rebasado el ámbito de la política y del papel que han tenido los medios de comunicación de masas y de la integración generalizada del universo del consumo que, en últimas, forma parte de la dimensión cultural de nuestras vidas cotidianas.

Palabras claves: Comunicación, cultura política, historia.

Julio Eduardo Benavides C.

Profesor Asociado de la Facultad de Comunicación de la UNAB. Candidato a Doctor en Historia, Magister en Comunicación y Licenciado en Ciencias de la Comunicación.



Derroteros posibles para un debate inicial: Cultura y política en un contexto comunicativo

Julio Eduardo Benavides C.

Hace ya un año tuvo lugar el inicio de un proceso de constitución de un grupo de investigación cuya semilla había sido plantada en el año 2002 por un grupo de colegas y cuyo objetivo inicial era debatir el estado de las ciencias sociales a fin de reorientar el papel de la academia en el contexto de la región. Es en julio de 2004 cuando conjuntamente con el Instituto Pensar de la Universidad Javeriana fue posible un diálogo formativo que a lo largo de seis meses dio lugar al registro formal en Colciencias del grupo de investigación *Transdiscipliniedad, cultura y política*. En este contexto que se origina el presente escrito, como parte de la reflexión habida como producto del diálogo con pares, y cuyo contenido pretende reflejar una discusión en un campo cuyas indeterminaciones parecen ser mayores que las definiciones o delimitaciones que se hacían al conjunto de problemáticas en lo social y que nos ofrecían un conjunto de seguridades. Hoy en día éstas no son tan visibles y, en parte, es producto de la creciente complejidad en un mundo cada vez más interconectado, en muchos casos, bajo la égida del capital.

Introduciéndose en el problema

La tarea encomendada fue levantar algunas cuestiones en torno al entrecruce entre cultura y política y para ello asumí una perspectiva comunicacional con el ánimo de plantear un ámbito para el debate. Al decir comunicacional, hay que considerar la definición más canónica de la política, en la que se definen a los partidos y a la prensa como las meditaciones cen-

trales en el accionar político y en donde el lenguaje principal, para el intercambio y para la visibilización (política), lo constituye (históricamente) el lenguaje escrito. Esto es importante a la hora de establecer cómo en la sociedad moderna, aquella cuyo proyecto político es la democracia, el lenguaje se torna básico porque hace a los sujetos competentes para integrarse real y simbólicamente al mundo (sociedad moderna). Integración mediada principalmente por un sistema educativo que alfabetiza y legitima ciertas formas de saber, así como, consolida "una" historia nacional. De hecho este ejercicio hegemónico de formación de los individuos ha ido en desmedro de formas de expresión y de comunicación propias de comunidades localizadas dentro de un territorio nacional.

Otro elemento a subrayar es la correspondencia entre territorio nacional y espacio comunicativo nacional. Ejemplos de esto lo constituyen la homogenización lingüística en los territorios nacionales, la presencia de los símbolos nacionales, la identificación como nacionales a los nacidos en un territorio, la jurisdicción político administrativa, entre otros. La importancia de estos aspectos radica en que ellos forman parte de un proceso de institucionalización de lo nacional, es decir, de generar una trama de significación que ordena unos campos de interacción sociales, hegemónicos por la idea de una unidad, propia de la pertenencia a una comunidad nacional y, por ende, de una identidad y cultura nacionales.

Podría decirse hasta aquí que, con los elementos propuestos para la configuración comunicativa de lo político, hay una centralidad establecida por lo na-

cional (un territorio) diferenciado de lo internacional (otros territorios) que define a unos interlocutores (identidad como ciudadano) apelando a un lenguaje (escrito) para la interlocución en un espacio cuya definición simbólica subsume (o lo intenta) lo regional o lo local, a lo nacional. La política aparece, entonces, como una actividad representada en este último ámbito.

Ahora bien, esa aludida instalación de lo nacional, dentro del marco del nacimiento de los Estados-nación, no tiene lugar de manera mecánica, es un proceso histórico tensionado culturalmente entre aquello que convencionalmente ha sido designado como *la tradición* y, lo que ha denominado lo nuevo, *la modernidad*. Esta tensión produce unas dinámicas en las que no todo lo tradicional es reemplazado por lo moderno y su existencia tiene lugar en un proceso de constitución que lo transforma y lo aleja de la idea de pensarlo como “algo a traer”, como si tuviera una permanencia ahistórica. La pregunta que surge a partir de lo dicho es cómo las nociones de territorio, ciudadanía como identidad y lenguaje, se configuran dentro de esta tensión; interrogante que cobra sentido si la pretensión es analizar los procesos de modernización de las sociedades latinoamericanas, en donde lo moderno sustituiría a “lo antiguo”.

En perspectiva histórica

Partamos de dos eventos del siglo XX que nos ayudarán a comprender el problema de la política y sus mediaciones en el contexto latinoamericano. El primero, la masificación de las ciudades como proceso concomitante a la modernización social y, el segundo, la aparición de unos dispositivos tecnológicos de la información y la comunicación que se constituirán en

medios de comunicación masiva¹, parte de la cultura de masas. La masificación de las ciudades es un fenómeno social y cultural que altera definitivamente un espacio de convivencia y de comunicación. Social, porque modifica la inercia de una sociedad marcada por su carácter estamental, hacia una sociedad de clases y con mayor movilidad social; cultural porque una trama simbólica estable empieza a transformarse cualitativamente, las cosas empiezan a no estar en su lugar y los nuevos habitantes de la ciudad empiezan a presionar por integrarse a la ciudad. De otro lado la aparición de los medios masivos de comunicación alteran la hegemonía del lenguaje propio de la argumentación².

Sin embargo, estos eventos no pueden apreciarse lisa y llanamente como un cambio de algo por otro. Hay que preguntarse si la masificación de las ciudades ocurre en países en donde lo nacional, como fenómeno cultural, es un hecho consolidado o si la llegada de los medios masivos de comunicación encuentra una sociedad alfabetizada con una “cultura del libro”³. Independientemente del cuestionamiento de la supuesta comunidad lingüística, la aparición del cine, la radio y la televisión significan la presencia de unos lenguajes que en más de un caso contribuirán a la construcción del sentimiento nacional. Carlos Monsivais nos ha contado sobre la contribución del cine mexicano a la afirmación de una mexicanidad necesaria para la consolidación del México posrevolucionario. De igual manera, Jesús Martín Barbero, en su lectura del trabajo sobre la historia de la radio de Reynaldo Pareja, comenta el peso que tuvo *La vuelta a Colombia* y las transmisiones radiales. Estos comentarios apuntan a subrayar el papel que cumplieron los medios masivos de comunicación,

pero también, la dificultad de inclusión de las mayorías en un proyecto político de nación.

Serán los populismos latinoamericanos los que lograrán generar una interlocución con aquellos que, real y simbólicamente, se hallaban excluidos de la vida política. Esto significó que las masas urbanas cobraran un protagonismo político antes inexistente, aún cuando fuera a través de la imagen y persona de un líder; los populistas fueron capaces de reconocer e interpelar al otro (marginado), en ese sentido entablaron una comunicación. Getulio Vargas y Juan Domingo Perón son los exponentes más representativos de esta particular forma de ejercicio de la democracia. La interlocución partirá desde las formas de nombrar a los no incluidos, *mis cabecitas negras* (Perón) o *mis descamisados* (Eva Perón) aludirán a la condición de exclusión; cabecitas negras por oposición a las cabellera rubia de los migrantes, descamisados por la condición de obrero que en el trabajo no viste saco y corbata. El uso de los medios de comunicación se convertirá en pan de cada día; las experiencias fascistas en Europa habían mostrado la capacidad del cine y de la radio en los regímenes de Hitler y Mussolini. Igualmente, la incorporación del imaginario popular en la simbología del populismo será un aspecto recurrente; habría que recordar el uso que Gustavo Rojas Pinilla hizo de la imagen del Corazón de Jesús cuando gobernó Colombia en la década de 1950.

Culturalmente desde 1930 hasta 1960 hay un proceso de desconexión de las masas urbanas de sus matrices culturales, pero a la vez, un proceso de recomposición de matrices culturales tradicionales con aquellas propias del proyecto moderno. Los cambios en el consumo cotidiano son una muestra de ello; los cambios de hábitos en la bebida, como el ocurrido en la Colombia que necesitaba ampliar un mercado nacional para la cerveza, debía desterrar del consumo masivo la chicha; así fue que se inició una campaña contra su ingesta, considerándola dañina para la salud, en especial “embrutecedora” de quien la bebía. Se visibiliza que la irrupción de las masas urbanas no era tolerable con todo su capital cultural, había que civilizarlos de alguna manera.

Serán las industrias culturales las que asumirán un rol preponderante en la integración de amplios sectores de la población a una idea de modernidad, reflejada en el acceso a bienes y servicios propios de la modernización social. Al derecho a tener una vivienda, una educación, gozar de servicios de salud, se irán sumando las necesidades propias de la existencia de un hogar moderno, en donde los electrodomésticos aparecen como herramientas cotidianas que simplifican el trabajo de un ama de casa que, sea por un proceso de integración en el mercado laboral o por una necesidad frente al desempleo del esposo, demandaban optimizar el tiempo de permanencia en el hogar. La división del tiempo de trabajo y ocio generará un momento y una expectativa por el qué hacer en el tiempo libre; es aquí en donde el teatro, el cine, la prensa, la radio y la televisión constituirán una arista para darle forma a ese reorganizado momento festivo de la cotidianidad.

Ese acercamiento será no sólo a una forma de entretenimiento, también será el acceso a un conjunto de narrativas, a unos lenguajes y a una forma de ver el mundo. En especial, los medios de comunicación en su afán por captar audiencias apelarán a estrategias comerciales que resemantizarán aquellas matrices culturales que el mundo de la política había desechado por no estar ligadas a la razón y no apelar a la argumentación, sino preferentemente a lo mítico y al *statu quo*. El propio concepto de público se convertirá en una “nueva categoría social” surgida a partir del tráfico y la comercialización de lo bienes culturales⁴.

Haciendo cuentas

Si volvemos sobre el interrogante de cómo las nociones de territorio, ciudadanía como identidad y lenguaje, se configuran dentro de un proceso tensionado de proyecto moderno, cifrado políticamente en la construcción de un Estado-nación, algunas hipótesis pueden elaborarse a partir de lo ya dicho. El territorio es una categoría que se ha cargado de otras significaciones, en particular los nacionales; en primer lugar porque en estos tiempos su existencia está marcada por los flujos de mercancías: las fronteras

¹ La referencia inmediata lo conforman dos obras, la de José Luis Romero –*Latinoamérica, las ciudades y las ideas*- y la de Jesús Martín Barbero –*De los medios a las mediaciones*-.

² Dice José Nun, desde analizando el reduccionismo habido en el marxismo: ...buena parte de las expectativas de las expectativas de Marx se apoyaban en una circulación amplia de mensajes lingüísticos cuyo soporte material era el texto escrito, en el último medio siglo asistimos a un predominio abrumador de los mensajes auditivos e icónicos, cuyos vehiculos son la radio, el cine y, sobre todo, la televisión. (...) Desde luego, no se trata de idealizar el pasado ni de satanizar el presente; pero sí de poner en manifiesto que han variado las condiciones de producción del sentido común de las clases subalternas y ello según modos que inciden sobre la calidad reflexiva del discurso colectivo y lo alejan de otras prácticas discursivas con las que, cien años atrás, pudo suponerse que se confundiría. En CAMACHO, Daniel (et. al) *América Latina. Ideología y cultura*. San José de Costa Rica: FLACSO, 1982. p. 33.

³ Es interesante hurgar en lo que ocurrió en Colombia con la idea de la Atenas Suramericana y del país en el que se hablaba el mejor español, como discursos conformantes del mito fundacional de la Colombia de La Regeneración; un proyecto que, desde el conservadurismo, proponía modernizar un país.

⁴ MATA, María Cristina. *El público de la radio: modos de oír, modos de ser*. Mimeo, 2005, p.2.

nacionales se abren para facilitar la circulación de las importaciones, haciendo que estas tiendan a desaparecer en el imaginario social como algo extraño. Además, luego de la caída del Muro de Berlín, los muros -en su acepción más amplia- se construyen para no dejar entrar; los países del llamado "Primer mundo" tratan de poner trabas a los extranjeros de "otros mundos", incluso, como ocurre en la frontera mexicano-estadounidense, los nacionales del primer país son cazados para ser devueltos a México. Lo nacional sigue existiendo, pero sus dinámicas comunicativas y simbólicas se han alterado; el afuera pierde peso específico mientras se está adentro: contamos con un mercado de apertura que facilita que las más diversas mercancías estén presentes en lo cotidiano del supermercado; pero el afuera se presenta con otras características, el temor de los bloques y países del "Primer mundo" hacen que la presencia de los "tercermundistas" sea indeseable, por el riesgo que significan, para el empleo, por el aumento de la delincuencia y por su proclividad al "terrorismo".

Con la ciudadanía ocurre otro tanto. Propuesta como universal, su ejercicio ha estado signado por el cumplimiento de deberes y derechos, sin embargo la realidad latinoamericana (la de otras latitudes también) ha demostrado que esos atributos para que los individuos ejerzan la democracia no han sido tan palpables. La idea de la diferencia ha sido en más de un caso sinónimo de desigualdad. Muchos individuos no han podido, entonces, hacer ejercicio real de su ciudadanía. Por otro lado la apuesta por la modernización adscrita a la idea de desarrollo, combinada con el ejercicio de la democracia representativa demostró su inviabilidad en la práctica; de la mano de la implementación de las propuestas de la Cepal (la riqueza que llenaba la copa y que caía sobre todos) aparecieron en el mapa latinoamericano las dictaduras más cruentas del siglo XX. Se generó un contexto propicio para una ciudadanía más política, en el sentido de lo ideológico de sus posturas, manifestando su anticomunismo o propugnando la transformación de la sociedad por la vía armada. En la actualidad la situación de incompletitud del ejercicio ciudadano sigue vigente, pero otras prácticas han llenado ciertos vacíos por la falta de participación: el consumo de bienes ha devenido en sensación de satisfacción. Los individuos se satisfacen privadamente, nadie sino

el comprador puede gozar del bien adquirido, y la satisfacción pública parece desvirtuarse en aras de la individual. La identidad ciudadanía se presenta como sin peso específico político.

El lenguaje escrito ha sufrido transformaciones, por mencionar una, la pérdida de su valor social a la hora de constituir discurso científico. En esto ha tenido mucho que ver la escuela, así como, la cultura de masas. La escuela porque no supo comprender a cabalidad los cambios en la circulación de la información (incluida la científica) y de un aprendizaje que rebasaba los entornos del sistema educativo, los individuos aprendían a ser mexicanos en el cine o a integrarse a un mundo urbano sumamente duro. La cultura de masas cumplió un mejor papel cohesionador que el que la cultura política ("tradicional") pudo conseguir, no sólo expresó, sino dotó de expresión a unos sectores cuya visibilidad había sido históricamente negada, claro que muchas veces a costa de su estereotipación o de su inscripción en lo escandaloso.

Los trazos para andar

Pero ¿qué plantea tan vasta descripción sobre la cual podría seguir escribiéndose? Lo primero es establecer cómo la relación entre cultura y política es susceptible de ser trazada por otros derroteros; no por las claras definiciones de quiénes hacen política y cómo se hace política, sino por lugares cuyos contornos son más lábiles, comprometen a la cultura y a la política como dimensiones de la vida, tornándose en mejor decir: lo político y lo cultural. Claro está que esto no anula a la política ni a la cultura como definiciones. Se trata de pensar desde otro lugar, en donde los ámbitos, en vez de clausurar la discusión en su propia autoreferencialidad, abran el debate a la transversalidad, con el riesgo de quedar a la deriva, porque de deriva también estaba hecha la navegación en otros tiempos.

Lo segundo es proponer una entrada posible a un aspecto que atraviese otros, dentro de la problemática planteada. En este caso nos referimos a una entrada histórica a un problema cuya contemporaneidad es innegable, al punto que el investigador se hace la pregunta viendo el presente y desde el presente. ¿Qué se propone?

La propuesta parte de algunas deducciones que surgen del escrito y que son convertidas en interrogantes. ¿Cuál es la nación en la que los medios de comunicación masiva aparecen, en especial la televisión? ¿Cuál es el proyecto cultural de las élites que conducían al país hacia su modernización? ¿Cuál es la función social del conjunto de medios de comunicación en la sociedad colombiana de los inicios de la televisión? ¿Cómo tiene lugar la inserción, dentro del aparato estatal, de este nuevo medio de comunicación y qué características organizativas son apreciables? Con estas preguntas se pretende confrontar una tesis que se apoya en un concepto, que en el nacimiento del medio hay una impronta, una marca de nacimiento constituyente de la forma de ser actual de la televisión; es decir, establecer unos

puentes entre el presente y el pasado: ¿qué es hoy y qué tiene que ver con el ayer?⁵

Las posibilidades que tienen las preguntas para ser abordadas desde distintas disciplinas son muchas, pero en la medular para esta investigación histórica sobre la televisión es confrontar aquello que se conceptualiza, desde la intuición y el diálogo con otros: el modo como la aparición de la televisión marcó el inicio de un proceso de su legitimación como medio de comunicación, es decir, pasó a integrar la cultura de masas; y, de cómo su institucionalidad cobró una forma específica, diferenciable de otros casos, en un momento histórico de la vida colombiana en el que empezaron a ponerse en cuestión las seguridades que ofrecían las definiciones y las prácticas políticas en la vida social.

⁵ Retomando una afirmación hecha por Sergio Caletti para diferencias lo histórico de lo arqueológico. Exposición en el III Congreso Panamericano de Comunicación. Buenos Aires, 12 al 16 de julio de 2005.